

Havelock Hellis

## Rodó (1)



**H**ACE algunos meses, (2) José Enrique Rodó dejó de existir en Palermo, mientras viajaba desde América del Sur con destino a Francia. Esta información probablemente carezca de significado en Inglaterra y aun es posible que se la dé, aquí, por primera vez. Vivimos, todavía, con cierto grado de seguridad, en una isla remota, circundada de nieblas nórdicas que amortiguan todos los rumores del mundo; las voces más finas, si ello ocurre, sólo llegan, hasta nosotros, desde lejos, lentamente y con dificultad. Asociamos a América del Sur con una múltiple colección de cosas, acaso, extremadamente desagradables. Raramente pensamos—aun cuando hayamos estado allí—que sea una tierra de poetas, artistas y críticos. De modo que apenas sorprende que un grupito de nosotros conozca siquiera el nombre del

---

(1) Traducción de Aldo Torres Púa, del libro «Selected Essays».

(2) 1.º de mayo de 1917.

mejor escritor sudamericano y también del habla castellana, y una de las figuras más distinguidas de nuestro tiempo.

Nuestra ignorancia será mayormente lamentable si observamos que el ensayo más importante de Rodó se intitula *Ariel*. Se puede decir que su obra entera está comprendida en una media docena de ensayos de consideración. Este pensador sensitivo y exaltado, familiarizado con la mejor cultura de Europa, halló el símbolo de sus aspiraciones universales en *La Tempestad* del poeta inglés. *Ariel* es el largo monólogo, de unas cien páginas de extensión, de un maestro que, una vez más, reúne a sus antiguos discípulos, alrededor suyo, en su gabinete de estudio, en donde domina una estatua de bronce del shakespiriano espíritu del aire en el momento en que Próspero le da la libertad. *Ariel* representa la norma de la razón y el sentimiento, generoso entusiasmo, altos y desinteresados motivos de acción; la espiritualidad de la cultura; la vivacidad y gracia de la inteligencia, la meta ideal a que tiende la selección humana eliminando, con el perseverante cincel de la vida, los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad e indolencia.

Próspero— así lo llaman sus discípulos— discurre acerca del arte de la vida. Porque Rodó creía, con Shaftesbury, que «la virtud es una especie de arte, un arte divino» y que la ley moral es «una estética de la conducta». Vivir, en el mejor de los sentidos, es practicar la libre actividad de un credo que va más allá

de los fines interesados y materiales; es cultivar la independencia de la vida interior y, desde esa base, organizar la belleza y la armonía de la sociedad. A fin de robustecer este punto de vista, bajo la máscara de Próspero, Rodó analiza a fondo el espíritu de la civilización de los Estados Unidos. Se abstiene de insinuar—lo que estaría en pugna con su actitud elegante y comprensiva—que este espíritu esté simbolizado por Calibán. Admira, aunque es incapaz de amar o aprobar completamente, al espíritu de Norteamérica, y su penetrante análisis, nunca, ni remotamente, se inclina a la acritud o al desdén. A pesar de todo, cree que la concepción utilitaria del destino humano y la igualdad en el justo medio constituyen, en su íntima conexión, el espíritu del americanismo. Si se acepta como dicho que el utilitarismo es la expresión del espíritu inglés, entonces, los Estados Unidos son la expresión hecha carne. Rodó en modo alguno sugiere que semejante espíritu no exista en América del Sur. Al contrario, declara que allí existe una acentuada nortemania, que considera en pugna con el genio de Latinoamérica; un mero «snobismo» artificial de las esferas políticas. Es necesario, precisamente por el interés de América, considerada como un todo, que la América Latina conserve, celosamente, la fisonomía original de su personalidad colectiva, porque casi todas las épocas luminosas y fecundas de la historia han sido, como en Grecia, con los polos de Atenas y Esparta, el resultado de dos diferentes fuerzas correla-

tivas; la preservación de la primitiva dualidad de América, mientras se mantenga una diferencia cordial y emulativa, favorecerá, al mismo tiempo, a la concordia y a la solidaridad.

«En el principio era la acción». Con estas palabras, que Goethe expresó en su Fausto, Rodó lo subraya, podría el historiador iniciar la historia de la República norteamericana. Su genio es el de la fuerza en movimiento. La voluntad es el cincel que ha esculpido a este pueblo en dura piedra y le ha otorgado una idiosincrasia original y temeraria. Posee un insaciable afán de cultivar todas las actividades humanas; de modelar el torso de un atleta, para el corazón de un hombre libre. Los esfuerzos confusos de su energía viril, aun en la esfera material, se salvan de la vulgaridad por una cierta épica grandeza.

No obstante, se pregunta Rodó, ¿puede alegarse que esta poderosa nación está realizando o intentando realizar las legítimas aspiraciones morales, intelectuales y espirituales de nuestra civilización? ¿Centuplica esta febril turbulencia el movimiento e intensidad de la vida aplicados a objetivos que valgan la pena? ¿Será posible descubrir en este país una imagen aproximada de la ciudad perfecta?

La vida norteamericana, en verdad, para Rodó, parece moverse en ese círculo vicioso que Pascal describía como el curso de la persecución de la prosperidad, que fuera de él no tiene fin. Su titánica energía de exaltación material produce una extraña impresión

de insuficiencia y vacuidad. Este pueblo no ha sabido cómo reemplazar el idealismo inspirador del pasado por una alta y desinteresada concepción del futuro, y por lo tanto, vive en la inmediata realidad del presente. El genial positivismo de Inglaterra, según Rodó, ha sido aquí despojado de ese idealismo que era una honda fuente de sensibilidad bajo la ruda superficie utilitaria del espíritu inglés, pronto a deslizarse en un límpido arroyo cuando la destreza de Moisés golpea la roca. Las aristocráticas instituciones inglesas, aun cuando políticamente injustas y anacrónicas, levantaron un muro contra el mercantilismo vulgar, que la República americana demolió, pero no substituyó. Así es como encontramos en los Estados Unidos una completa inaptitud para la selección, un desorden general de las facultades ideales, una falla total para realizar la suprema importancia espiritual del bienestar. Han adquirido la satisfacción del orgullo por su magnificencia material, pero no han adquirido el tono del buen gusto. Pronuncian con solemne y enfático acento la palabra «arte», pero no han sido capaces de concebir esa divina actividad, porque su sensacionismo febril excluye la noble serenidad. Ni el idealismo de la belleza, ni el idealismo de la verdad despiertan su pasión, y su lucha contra la ignorancia da por resultado una semicultura general, combinada con una languidez de alta cultura. La naturaleza no los ha dotado del genio de la propaganda por la belleza o de la vocación apostólica por la atracción del amor. La es-

tatua de la libertad, de Bartoldi, en Nueva York, no produce un sentimiento de veneración religiosa, semejante a la del antiguo viajero cuando descubría, en las diáfanas noches del Atica, el resplandor de la lanza de oro de Atenas, sobre lo alto de la Acrópolis.

Por justo que sea este análisis en general, algunos lectores pensarán que Rodó ha atribuído, quizás, un carácter demasiado permanente a la civilización norteamericana y que apenas ha tomado nota de aquellos gérmenes de crecimiento reciente, que bien pudieran conducir al futuro desarrollo de los Estados Unidos más cerca de sus ideales. En realidad, debe admitirse que, si hubiese vivido algunos meses más, Rodó habría podido ver la confirmación en la rápida laboriosidad, superior aun a la de Inglaterra, con que los Estados Unidos, entrando a la guerra, cuidaron de suprimir esa tolerancia para la libertad de pensamiento y de palabra, que él consideraba tan preciosa, lanzando con característica energía el grito de batalla de todos los beligerantes: «¡Atención! ¡No pensar, sino sentir y actuar!», con una fe conmovedora en que el espectáculo de la uniformidad exterior significaba cohesión interior; método de «auto camouflage», según lo ha designado el profesor Dewey en una polémica sobre la «Conscripción del pensamiento», que Rodó hubiera inspirado. De todos modos. Rodó mismo reconoce que, precisamente, como lo manifestado ya, la labor de los Estados Unidos no está toda perdida para lo que él llamaría «los intereses del alma». Se ha dicho que el

mercantilismo de las repúblicas italianas financió el Renacimiento, que las especias y el marfil de Lorenzo de Médicis renovaron el Banquete de Platón. Hay en la civilización una transformación de la fuerza, según la cual lo material se transforma en espiritual y, supuesto que el proceso continúe, a opinión de Rodó, la República norteamericana escaparía al destino de Nínive, Sidón y Cartago. Ariel es, para Rodó, la consecuencia final de dicho proceso, el instinto de perfectibilidad, la ascensión de las formas organizadas de la naturaleza hacia la ardiente esfera del espíritu.

Se verá que, lo mismo en su crítica de la vida y en sus opiniones sobre el progreso, Rodó es esencialmente democrático. Su sentir se opone por completo a la concepción antidemocrática de la vida, a menudo asociada a la doctrina del superhombre de Nietzsche. Flanqueó cortésmente la declaración de Bourget en el sentido de que el triunfo de la democracia significaría la derrota de la civilización y, a pesar de su admiración por el genio de Renán, rehusó creer que ocuparse de intereses ideales estuviera reñido con el espíritu democrático; semejante creencia, en verdad, sería la condenación de la América Latina tanto como de la América Anglosajona. Rodó acepta la democracia, pero insiste, fundamentalmente, en la necesidad de la selección. Aun en la creación, subraya, entre flores e insectos y pájaros y demás, observamos que la selección natural favorece a la calidad y asegura el triunfo de la belleza. No es la destrucción sino la educación de

la democracia lo que se necesita para promover este proceso de selección natural. Rodó sostenía que es deber del Estado hacer posible la revelación uniforme de las superioridades humanas, doquiera que existan. «La igualdad democrática es el instrumento más eficaz para la selección espiritual». La democracia sola puede conciliar la igualdad inicial con una desigualdad final que daría amplia oportunidad para que los mejores y los más aptos trabajen por el bien de la totalidad. Así considerada, la democracia resulta una lucha, no para reducirlo todo al más bajo nivel común, mas para elevar a todos al más alto grado de cultura posible. La democracia, en este sentido, conserva dentro de sí misma un principio imprescriptible de aristocracia, que descansa en el reconocimiento de la superioridad de los mejores por acuerdo de todos; pero, sobre esta base, viene a ser esencial que las cualidades consideradas superiores sean realmente las mejores y no meras cualidades estacionadas en una clase o casta especiales, protegidas por privilegios especiales. La única aristocracia posible sobre una base democrática sería una de moralidad y cultura. Superioridad en el orden jerárquico debe significar superioridad en la capacidad de amar. Rodó expresa que esta verdad arraigará en las creencias humanas «mientras sea posible disponer dos trozos de madera en forma de una cruz».

En *Ariel*, Rodó nunca presenta directamente a América del Sur en escena. Uno adivina que con gus-



to reclamaría él, para su propio continente, el privilegio de representar a Ariel. Pero reconoció que quedaba mucho por hacer antes que ello llegara a ser posible. Su amor por su propio país está contenido en tres de sus mejores y últimos ensayos referentes a tres de las más nobles figuras de América del Sur, espigadas en tres campos distintos. El primero de ellos trata de la más grande figura sudamericana en la esfera de la acción: Bolívar, «el Napoleón sudamericano». El segundo analiza admirablemente la vida y el ambiente de Juan Montalvo, el más grande prosista de Sudamérica, a cuyo nombre se une ahora el de Rodó. El tercero exhibe su delicada discriminación crítica al tratar la obra de Rubén Darío, quien fué, como lo apunta Rodó, no sólo el más grande poeta de América del Sur sino de la España contemporánea, y una figura creadora de interés universal. En estos ensayos, Rodó se revela como el crítico infaliblemente sereno y lúcido, discriminador y emotivo, poseído de un estilo que, con su peculiar acento personal de gravedad y gracia combinadas, lo presenta, en la opinión de buenos jueces españoles, como el más grande maestro contemporáneo de la lengua castellana.

Que Rodó reconocía cuán lejos estaban aún los mejores espíritus de América del Sur de amoldar sus naciones a sus ideales, podemos deducirlo de varios incidentes de su obra. No osó considerar a la América del Sur, más aún que los Estados Unidos, un terreno favorable para el arte. Si desaprobaba el intolerante

espíritu del materialismo utilitario en el norte, igualmente se oponía a la intolerancia del jacobinismo en el sur. Esto está desarrollado en una admirable serie de cartas, intitulada *Liberalismo y Jacobinismo*, sugerida por el acto, emanado de la Comisión de Beneficencia, de retirar todas las imágenes del Cristo crucificado de las paredes de los hospitales, suprimiéndolas no como objetos de adoración (porque esto ya se había hecho) sino como símbolos. Rodó critica este hecho, no desde el punto de vista de la cristiandad, que no es el suyo, sino desde el ángulo de un liberalismo comprensivo y tolerante, que opone al espíritu del jacobinismo. Entiende por jacobinismo, en franco acuerdo con Taine, una actitud mental de dogmatismo absoluto que, necesariamente, implica intolerancia basada en un libre pensamiento racionalista. El *Homais* de Flaubert es su símbolo inmortal. Rodó analiza admirablemente esta actitud y muestra cómo, con toda su clara penetración lógica, se halla fuera de contacto respecto de las complejidades de la vida y carece del sentido de las realidades humanas. Rodó observa que el verdadero libre pensamiento, lejos de constituir una simple forma rígida, es el resultado de una educación interior que sólo unos pocos pueden adquirir. Adquirir la tolerancia espiritual, estima él, fué la gran tarea de la pasada centuria; una tolerancia afirmativa y activa, «la gran escuela de la generosidad del pensamiento, de la delicadeza de la sensibilidad y de la perfectibilidad del carácter». Aun antes de la guerra, previó que se

avecinaaban tiempos difíciles para la libertad, pero también previó que, si una sola alma se mantenía firme, ahí estaría el paladión de las libertades humanas.

Rodó pertenecía a la raza de los Quinet y los Renán, de Fouillée y, especialmente, Guyau. Como esos finos espíritus, deseó ser el mensajero de la armonía y de la luz, del espíritu de Jesús combinado con el espíritu de Atenas; la intolerancia del racionalismo le parecía un veneno tan mortal para la civilización como la del cristianismo. En vista de su devoción constante por aquel doble ideal, puede afirmarse que Rodó es europeo y, más definitivamente, francés. Pero por su adaptación de ese ideal a las necesidades de su propia tierra y por su planteamiento inmutable sobre una base democrática, es el representante de Sudamérica. Fué su postrera esperanza que de la agonía de esta guerra surgieran nuevos ideales de vida, nuevas aspiraciones de arte, en que Latinoamérica, removida por el sacudimiento universal, afirmaría, claramente, su propia y consciente personalidad.

Rodó era uruguayo, de antigua y acaudalada familia, nacido hace cuarenta y cinco años en Montevideo, (3) donde pasó casi toda su vida. Al dejar la Universidad de su ciudad natal, en donde años después dió lecciones de literatura, sus actividades hallaron campo propicio en el periodismo y se interesó por la política, siendo por un período diputado al parlamento

---

(3) Este ensayo fué escrito en 1917.

uruguayo. La actitud de sus primeros escritos es de duda, ansiedad, escepticismo; pareciera estar a la expectativa de una revelación exterior o de una revolución. Sin embargo, la visión personal propia la alcanzó gradualmente. Su revelación no vino de fuera sino de dentro. Adquirió una serenidad y una lucidez poco comunes y siempre permaneció indiferente al aplauso. En verdad, en medio de la extravagancia declamatoria e impulsiva que a menudo distingue al sudamericano, para algunos, su actitud era la consecuencia de un temperamento, acaso, demasiado benigno y racional; y recordaban que, ni en su juventud, ni después, se le supo enamorado. No obstante, el espíritu de Rodó era tan generoso y comprensivo como penetrante y agudo. Al morir en Sicilia, repentinamente y solo, camino, al fin, de Francia, que consideraba como su hogar intelectual, se ha dicho que ejercía una especie de sereno reinado espiritual, sobre todo el continente sudamericano. Su figura esbelta y muy alta, no se verá ya más, a grandes y rápidos pasos, por las calles de su ciudad natal, como su amigo y conciudadano Barbagelata lo describe, moviendo un brazo como si fuera un remo y con el rostro aquilino altivo, evocando a un cóndor de los Andes.